HUYENDO DEL PEREJIL...

PROVERVIO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Representado por primera vez con grande aplauso en el Teatro de Variedades el 15 de Marzo de 1853.

TERCERA EDICION,



SALAMANCA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.
1867.

A Victorino Tamayo y Baus.

Este juguete que nada vale en sí, tiene un gran valor á nuestros ojos: á los tuyos por ser obra de mi escaso ingenio: á los mios porque la indulgencia del público te ha estimulado en él con benévolos aplausos.

Por eso te lo dedica tu hermano

Manuel.

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA.	Doña Teodora Lamadrid.
EL MARQUÉS DE San Millan.	Don Joaquin Arjona.
RAFAEL, su hijo.	Don Victorino Tamayo.
UNA CRIADA, que no habla.	

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada; butacas, mesas, piano, etc. Puerta en el foro, una lateral á la izquierda y una ventana á la derecha en primer término. Al levantarse el telon se oye ruido como de volcar un carruaje.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, aparece sentada haciendo labor.

Ah! esas voces, ese ruido... (Corriendo asomarse á la ventana). Una silla de postas ha volcado en medio del camino. Dolores, (La criada se presenta á la puerta del foro.) un coche acaba de volcar: corre y di á los pasajeros que esta quinta está á su disposicion. (Váse la criada.) Tiemblo como una azogada... Se habrán hecho daño? No; se dirigen hácia aquí. (Asomándose á la ventana.) Mis criados hablan con ellos... entran, oh! (Entra precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE SAN MILLAN.—RAFAEL.—LA CRIADA.

MARQ. Bien está; aguardaremos en esta sala. Diga usted á esa señora que no se moleste; añadiendo que desea darle gracias por tan generosa hospitalidad el Marqués de San Millan. (Váse la criada). Ese estúpido Julian nos ha hecho volcar

cuando solo nos faltaban tres leguas para llegar á Sevilla.

RAFAEL. Qué quiere usted, papá! En España está de moda volcar en los caminos.

MARQ. Tu celebrarás sin duda este accidente?

RAFAEL. Eso dice usted cuando he estado á pique de romperme la cabeza?

MARQ. Mas resignado te encuentro de lo que yo esperaba.

RAFAEL. La conformidad, cuando no hay otro remedio, es una escelente virtud. Usted se empeña en descasarme.

MARQ. Tú podias haberme ahorrado ese trabajo.

RAFAEL. Cómo?

MARQ. No casándote.

RAFAEL. Pero si ya lo hice:..

MARQ. Sin mi consentimiento.

RAFAEL. Usted me lo hubiera negado.

MARQ. Sí señor: sí, y mil veces si. Venir á Sevilla con el objeto de arreglar varios asuntos de familia... Enamorarse de la noche á la mañana de una muchacha humilde y pobre... Casarse clandestinamente con ella... Le parece á usted esto regular?

RAFAEL. Pero enseguida volví á Madrid; me arrojé á los pies de usted, le pedi perdon ..

MARQ. Y yo no te rompí la cabeza... no sé por qué. Pero aun es tiempo de remediarlo todo. En cuanto lleguemos á Sevilla veremos cómo se ha verificado este matrimonio. Yo no te he dado mi consentimiento. Tú eres menor de edad, y voy creyendo que al decirme que te habias casado, te proponias alcanzar mi permiso, con el objeto de casarte despues.

RAFAEL. No, papá, no. La verdad es que estoy casado ya.

MARQ. Si es así, me valdré de las autoridades, del arzobispo de Sevilla, acudiré al mismo Papa, te obligaré á obedecerme, y pronto romperé con un divorcio el clandestino casamiento.

RAFAEL. Yo espero que cuando usted vea á su nuera cambiará de resolucion.

MARQ. Nuera! No: no esperes que yo consienta en un enlace tan desigual.

RAFAEL. Padre, el siglo en que vivimos no es ciertamente un siglo de vanas preocupaciones. Ya se van desmoronando aquellas insuperables barreras que separan al grande del pequeño.

MARQ. Bellas teorías!

RAFAEL. Ya hemos visto á muchos de los mas elevados títulos de Castilla, contraer matrimonio con jóvenes...

MARQ. Esos tienen la culpa de que los plebeyos se nos vayan subiendo á las barbas.

RAFAEL. Desengáñese usted; en la mujer propia no debe uno am-

bicionar riquezas, sino hermosura; no un título vano sino virtud.

MARQ. Qué sabes tú de eso! Todos nuestros antepasados han elegido esposas muy ilustres; algunos de ellos han casado con princesas de sangre real, y mientras yo viva, no ha de decirse que un hijo mio tiene por mujer á una Carlota Perez á secas.

RAFAEL. Seguro estoy de que usted no hubiera dicho esta boca es mia, si mi mujer se hubiera llamado doña Juana de Guzman, Castro, Padilla, Tellez, Carvajal, Princesa del mar Rojo, Duquesa del Polo ártico y Marquesa del cabo Finisterré, aun cuando hubiese sido vieja y fea y puerca y mal hablada.

MARQ. Insolente! Te estás burlando de mí?

RAFAEL. Perdone usted, papá, y convenga en que tratar así á un bachiller en leyes...

MARQ. Muñeco!

RAFAEL. Y todo por qué? Porque me he casado con una mujer bonita.

MARQ. Eso no vale nada.

RAFAEL. Discreta.

MARQ. Tú, qué has de decir?

RAFAEL. Virtuosa.

MARQ. Sí, sí; fiate de las apariencias.

RAFAEL. (Acariciándole). Vamos, papá!...

MARQ. Casado un muñeco de veinte años.

RAFAEL. Dos meses y cinco dias.

MARQ. Aparta.

RAFAEL. Pero...

MARQ. Silencio: aquí se acerca la dueña de la quinta.

ESCENA III,

DICHOS.—CAROLINA.

CAROL. Ruego á usted, señor marqués, que me dispense si le he hecho aguardar. Lo mismo digo á este caballero.

MARQ. (Es linda como un sol!) Señora, nosotros somos los que debemos pedir á usted mil perdones.

CAROL. Tengan ustedes la bondad de tomar asiento. ¿Se han lastimado ustedes? El vuelco ha sido horrible.

RAFAEL. Felizmente hemos escapado con media docena de chichones y otros tantos cardenales.

CAROL. Quieren ustedes que se les haga un poco de tila? Se habrán ustedes asustado y...

RAFAEL. Asustarnos? Ni por pienso.

MARQ. (Es muy amable!) Bien haya el triste suceso que nos proporciona el gusto de conocer á usted.
RAFAEL. (Qué fino está mi señor padre!)
CAROL. Solo á él debo la inmerecida honra de poder ofrecer mis respetos al señor marqués.
MARQ. Tanta bondad me confunde y...
CAROL. Vamos á lo que importa. En los viajes siempre se tiene apetito: voy á mandar que nos sirvan el desayuno en esta sala. (Rafael se coloca una pierna sobre otra quedando en posicion poco decente: su padre le mira indignado, y Rafael toma otra posicion afectadamente modesta).
MARQ. Oh! no se moleste usted por nosotros.
CAROL. A no ser que ustedes se desdeñen en honrar mi pobre mesa...
MARQ. (Levantándose para despedir á Carolina. Rafael permanece sentado). Aceptamos con sumo placer.
CAROL. Vuelvo enseguida (Vàse).

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.—RAFAEL.

MARQ. Qué te parece?
RAFAEL. De qué?
MARQ. De nuestra huéspeda.
RAFAEL. Que ha tenido una felicísima ocurrencia.
MARQ. Cuál?
RAFAEL. La del Almuerzo.
MARQ. Eh! quita allá. No te ha parecido bonita?
RAFAEL. Psh!...
MARQ. Amable?
RAFAEL. Psch...
MARQ. Ingeniosa?
RAFAEL. Psch...
MARQ. Eres un necio. Ya se vé! Como la ninfa sevillana te ha trastornado el seso... Ya le diré yo á la... Dios me perdone! Vé y ordena á Julian que se dé prisa en la compostura de la rueda y que nos avise si pasa alguna diligencia con direccion á Sevilla
RAFAEL. No seria mejor que descansáramos aquí un ratito?
MARQ. Lo mejor es que no me repliques.
RAFAEL. Punto en boca. Yo soy un muchacho muy obediente. (Váse por la puerta del foro).

ESCENA V.

EL MARQUÉS.—Enseguída CAROLINA.

Oh! Yo le aseguro que ha de pagármelas todas juntas. Está completamente obcecado! Negar que esta señorita es bella... amable, ingeniosa... Vaya si lo es... Vaya si lo es... Estos jóvenes del dia no entienden una palabra en materia de gustos.

CAROL. (Saliendo por la puerta de la izquierda). Está usted solo?

MARQ. Mi hijo acaba de bajar á ver si han compuesto ya el carruaje.

CAROL. Yo que me prometia el honor de hospedar á usted un dia por lo menos.

MARQ. Tanto lo deseaba usted?

CAROL. Oh! mucho! !.

MARQ. (Es hechicera). En este momento sale la criada y empieza á disponer la mesa para el desayuno).

ESCENA VI.

DICHOS.—RAFAEL.

MARQ. Qué dice Julian?

RAFAEL. Que antes de una hora podremos echar á andar.

(Carolina se vuelve de espaldas y dá varias ordenes á la criada).

MARQ. Oye; vuelve y dile que no por darse demasiada prisa vayamos á tener otro percance en el camino.

RAFAEL. Antes que se apresurase: ahora que tenga cachaza.

MARQ. Vé y haz lo que te digo.

RAFAEL. Considere usted, papá, que estoy muy cansado.

MARQ. Obedece.

RAFAEL. Vamos allá.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.—CAROLINA.—Enseguida RAFAEL.

CAROL. Cuando ustedes gusten... Ah! su hijo de usted se ha marchado otra vez...

MARQ. Sí, vuelve enseguida... Vive usted siempre en esta quinta?

Carol. Casi siempre.

Marq. Oh! que precioso dibujo! (Reparando en uno que habrá sobre la mesa).

Carol. No mire usted eso. Es una copia de la vista que se descubre desde esta ventana.

Marq. Está admirablemente hecho!

Rafael. (Entra dando muestras de cansancio. El Marqués le ase de un brazo). Que hasta dentro de cinco ó seis horas...

Marq. (Imprudente).

Rafael. No habia reparado...

Marq. Mira, mira que lindo paisage. Tú entiendes algo de esto. Dinos tu parecer.

Rafael. Vale bien poco: los léjos están muy mal tocados.

Marq. Insensato! Qué dices?

Carol. No le riña usted.

Rafael. Cómo!... Quizá...

Carol. Si, el dibujo es mio.

Rafael. Señorita... si yo hubiese sabido... ruego á usted que me dispense...

Carol. Con todo mi corazon! Ea, vamos á almorzar.

Marq. (Decir que es malo este dibujo! Ese muchacho ha perdido la cabeza). (Los tres se sientan á la mesa. Rafael se coloca la gorra sobre un muslo, caésele al suelo: repítese el mismo juego, y Rafael se la pone en la cabeza. Su padre indignado se la quita y la tira). Gracias. (A Carolina que le alarga un plato).

Rafael. La vida del campo debe ser muy monótona. No es verdad, señorita?

Carol. Yo me considero muy feliz lejos del bullicio de las grandes ciudades.

Marq. (Que candor!) Este beefteacK está escelentemente condimentado.

Rafael. (Despues de probar una). Lástima es que las patatas estén poco fritas.

Marq. (Nada le parece bien). Pero tan linda criatura no debia vivir oscurecida en medio de los campos.

Carol. Lisonja cortesana! Y qué haria yo en ese mundo huérfana y desvalida?

Marq. Es usted huérfana?

Carol. En la toma de Morella perdí á mi padre, militar valiente y pundonoroso, y mi madre murió de pesar.

Marq. (Pobrecilla).

Carol. Desde entonces vivo á espensas de una tia que me ama tiernamente: ayer justamente salió para Sevilla. Todos sus bienes consisten en esta quinta y las tierras que la rodean, lo que le produce una renta de siete á ocho mil reales y con esto nos basta para vivir.

Marq. Es usted un ángel!

Rafael. Ese queso es de Gruyer?

MARQ. Si: toma. (Uf, que gloton!) (Dándoselo).
CAROL. Algunas veces voy yo tambien á Sevilla... y ojalá no hubiese ido nunca.
MARQ. Por qué?
CAROL. Hace un año que un jóven se enamoró de mí. Así me lo juró por lo menos.
MARQ. Nada mas natural. (Rafael tira á su padre del faldon de la levita).
RAFAEL. Ciertamente: papá tiene razon. Nada mas natural. Y sin duda quiso casarse con usted?
CAROL. Sí; pero su padre, ilustre y opulento señor, se opuso tenazmente á nuestro enlace, y le obligó á partir para lejanos paises, anteponiendo su interés á nuestro puro y vehemente amor, y yo quedé abandonada en el mundo para siempre.
MARQ. Qué iniquidad! Padre tirano! Padre cruel!
RAFAEL. Padre injusto y desnaturalizado!
MARQ. (Oh!) quiero decir... padre... padre porque al fin un padre..
RAFAEL. Claro está; no debe violentar las legítimas inclinaciones de su hijo. No es verdad? Diga usted que sí, papá.
MARQ. (Descarado!...)
CAROL. La voluntad de un padre es siempre sagrada.
RAFAEL. No digo yo lo contrario. Justamente por eso me someto á ir á Sevilla, donde...
MARQ. (Calla).
CAROL. Qué?
RAFAEL. Donde estuve hace algun tiempo y ví una jóven encantadora.
MARQ. No le haga usted caso.
RAFAEL. Con la cual me casé en secreto.
CAROL. Hola!
MARQ. (Rafael!)
RAFAEL. Y mi padre movido sin duda por las mas piadosas intenciones...
MARQ. (Silencio!)
CAROL. Continúe usted.
RAFAEL. Me lleva á Sevilla para divorciarme.
CAROL. Será posible?
RAFAEL. El mismo puede repetírselo á usted.
MARQ. (Levantándose). Con permiso de usted, señorita; tengo que decir dos palabras á mi señor hijo.
CAROL. Está usted en su casa.
MARQ. (Llevándose á un lado á Rafael). Corre y dí á Julian que despache pronto, porque de lo contrario le haré moler los huesos á palos. Que quiero marchar antes de cinco minutos... y tú... tú ya verás.
RAFAEL. He dicho algo que no sea la pura verdad?
MARQ. Tunante! Corre. Quítate de mi vista, y no lo olvides; quiero marchar dentro de cinco minutos.

ESCENA VIII.

EL MARQUES.—CAROLINA.

CAROL. ¿Es verdad lo qúe acaba de decir el señor don...
MARQ. Rafael.
CAROL. Es verdad?
MARQ. Señorita hasta cierto punto...
CAROL. Dispénseme usted si me atrevo á intervenir... Pero las vivas simpatías que me ha inspirado usted.
MARQ. (Vivas simpatias!)... Gracias.
CAROL. Me mueven á dar á usted un consejo.
MARQ. Crea usted, señora, que las que yo he sentido hácia usted...
CAROL. Gracias. Y si bien no parece natural que una jóven inesperta aconseje á un caballero tan sensato como usted parece serlo...
MARQ. Señorita.
CAROL. No vacilaré en decirle aun á riesgo de equivocarme...
MARQ. Una persona tan entendida como usted, se equivoca difícilmente!
CAROL. Gracias. Que contrariar tan abiertamente las inclinaciones de la juventud no es siempre provechoso.
MARQ. Hay un adagio francés que dice: un jenue curé fait les meilleurs sermons, lo que en castellano quiere decir...
CAROL. Si; que un cura jóven es el que mejor predica.
MARQ. Sabe usted francés?
CAROL. Un poco.
MARQ. Vous est la femme la plus joli du monde.
CAROL. Et vous l'homme le plus poli de la terre.
MARQ. Admirable! Qué acento! Ha estado usted en París?
CAROL. Oh! no señor.
MARQ. Y tiene usted deseos de ir por allá?
CAROL. Vivísimos deseos... Pero ya he renunciado á la esperanza de verlos realizados.
MARQ. Por qué?
CAROL. La escasez de mis recursos...
MARQ. Tal vez cuando usted se case...
CAROL. Casarme?
MARQ. Justamente.
CAROL. Y quién ha de querer casarse conmigo?
MARQ. Cualquiera que tenga ojos en la cara para ver los de usted.
CAROL. Demasiado influjo atribuye usted á mis pobres ojos.
MARQ. Es que usted tiene por ojos dos estrellas, dos luceros, dos soles!

CAROL. Muy astronómico está usted.

MARQ. Y usted... usted... (Pero señor, qué estoy yo haciendo? He perdido la cabeza? (Se levanta).

CAROL. Por qué se levanta usted?

MARQ. Porque... porque hace mucho calor... (Haciéndose aire con el pañuelo).

CAROL. Es natural; en Agosto...

MARQ. Efectivamente... (Hierve la sangre!)

CAROL. Conque deciamos...

MARQ. Que es usted hechicera! divina! (Acercando su silla á la de Carolina y sentándose).

CAROL. Supongamos que lo soy.

MARQ. Nada de suposiciones. Sentémoslo como hecho probado.

CAROL. Enhorabuena. Quede sentado que soy bonita.

MARQ. Eso no tiene réplica. Ah! Su gracia de usted?

CAROL. Carolina.

MARQ. Precioso nombre!

CAROL. ¿Cree usted que me será fácil hallar un marido, careciendo de un nombre ilustre y de bienes de fortuna? Supongamos... y esto si que es una suposicion, que su hijo de usted se enamorara de mi.

MARQ. Qué?

CAROL. Y quisiera casarse conmigo.

MARQ. Cómo?

CAROL. Consentiria usted en este enlace?

MARQ. Señora.. yo...

CAROL. Segura estoy de que no, cuando el matrimonio que ha contraido...

MARQ. Ha sido sin mi consentimiento.

CAROL. Se lo hubiera usted dado?

MARQ. Nunca.

CAROL. Lo vé usted?

MARQ. Señora... yo...

CAROL. Y usted mismo no habrá sentido en la juventud esos arrebatos de la pasion que enloquecen?

MARQ. Oh! eso sí; mi corazon...

CAROL. Y me atreveria á apostar que ha sido usted mas calavera que su hijo.

MARQ. (Con sonrisa de satisfaccion). De veras?

CAROL. Se le conoce á usted en la cara.

MARQ. Cree usted?...

CAROL. Y aun todavía debe ser usted algo aficionado al bello sexo.

MARQ. No le falta á usted perspicacia, porque la verdad es que... (Mirándola con el lente).

CAROL. Y supongo que esos finos modales... esa elegante figura...

MARQ. Señorita...

CAROL. No hay duda; usted es afortunado en amores.

MARQ. Yo... Ah! (Carolina deja caer el pañuelo. El Marqués lo recoge y se lo entrega, asiéndole la mano).
CAROL. Gracias.
MARQ. Con que usted supone que yo puedo ser amado todavia?
CAROL. Claro está.
MARQ. Por una jóven... bella... entendida ..
CAROL. Por qué no?
MARQ. Ah! Carolina... (Agitando la mano de Carolina que aun conserva entre las suyas).
CAROL. (Reparando en que el Marqués le tiene cogida la mano). Qué hace usted?
MARQ. Perdone usted, estaba distraido. (El Marqués suelta la mano de Carolina).

ESCENA IX.

DICHOS.—RAFAEL.

RAFAEL. Ya están enganchadas las mulas.
MARQ. (El diablo cargue contigo y con ellas).
RAFAEL. Conque, vamos?
CAROL. Tanta prisa tiene usted?
MARQ. (Mirándola con el lente). (Está visto: no quiere que me vaya). (A Rafael llevándosele aparte). (Estoy hablando con esta señorita de cosas muy importantes. Asómate á esa ventana, y dí á Julian que aguarde un poquito).
RAFAEL. (Pero padre esto parece cosa de burla).
MARQ. Siempre has de replicar!
RAFAEL. Sea todo por Dios. (Asomándose á la ventana).
Eh! Julian, que aguarde usted otro poquito. (Rafael se hacerca al Marqués y Carolina como para tomar parte en la conversacion).
MARQ. Siéntate allí, en aquella butaca, y no nos interrumpas.
RAFAEL. Mejor! Estoy rendido, tengo un sueño! (Rafael se arrellana en una butaca que habrá frente del foro, al lado opuesto que ocupan las sillas de Carolina y el Marqués).
MARQ. (Si yo me atreviera á indicarle)... Aun permaneceré á su lado de usted breves momentos. (Sentándose otra vez al lado de Carolina y aproximando su silla á medida que habla).
CAROL. Lo celebro.
MARQ. Si!
CAROL. Sí. (Pausa. Carolina le mira con coqueteria).
MARQ. (Despues de mirar á su hijo, y en voz baja). Señorita...
CAROL. Eh?
MARQ. (Despues de una pausa). Si viera usted que malos estan los caminos.
CAROL. Si, muy malos.

MARQ. (Despues de mirar á su hijo). Señorita.
CAROL. Eh?
MARQ. (Despues de una pausa). Le gusta á usted la ópera?
CAROL. Mucho. (Rafael ronca).
MARQ. Qué es eso?
CAROL. Su hijo de usted que se ha dormido.
MARQ. Ah! dispense usted. (Yendo á donde está Rafael y sacudiéndole con violencia). Despierta, despierta.
RAFAEL. Que... que ya estan enganchadas las mulas.
MARQ. Eh! Te has dormido como un patan.
RAFAEL. Sí, como se duerme todo el mundo.
CAROL. Estará muy cansado!
MARQ. Desde que contrajo ese fatal casamiento, le desconozco.
CAROL. Mi lema es cortesía y franqueza.
MARQ. Franqueza!... señorita. (Volviendo á sentarse al lado de Carolina).
CAROL. Eh? (Rafael desaparece por la puerta del foro).
MARQ. A pesar mio siento que... (Se ha ido... me alegro).
CAROL. Adelante.
MARQ. (Valor! Quién sabe qué clase de mujer será esta. Quizá mis riquezas)...
CAROL. Está usted pensativo.
MARQ. (Bajando progresivamente la voz y acercándose á ella). Deseo decirle á usted una cosa.
CAROL. Qué cosa es esa?
MARQ. Una cosa que... Sentiria ofender á usted.
CAROL. Ofenderme!... De ningun modo.
MARQ. Mas bajo. Es un secreto.
CAROL. Me pone usted en cuidado! Hable usted...
MARQ. Pudiera usted enojarse conmigo. (Rafael vuelve á entrar sin ser visto de los otros dos personajes, y se sienta al piano).
CAROL. (Acercando la silla). Esté usted seguro de que no. Lo entiende usted?
MARQ. (Ella me anima. No hay duda! Qué vacilo?) Pues bien!... hay momentos en la vida... (Rafael en este momento empieza á tocar el coro de los locos de Jugar con fuego, ó bien el ária coreada de los tambores del Valle de Andorra). Condenado!
CAROL. Déjele usted.
RAFAEL. Es usted aficionada á la música?
CAROL. Creo haberle dicho á usted que sí.
MARQ. Canta usted?
CAROL. Un poco.
MARQ. (Tambien canta!) Si fuese usted tan bondadosa que nos quisiera dispensar el favor...
CAROL. Por complacer á usted...
MARQ. Mi hijo la acompañará á usted.
RAFAEL. Con mucho gusto. (Carolina coloca el papel de música sobre el piano, y empieza á cantar acompañada de Rafael).
MARQ. Oh! Que voz tan angelical!

CAROL. (Deteniéndose). Creo que se ha equivocado usted.
RAFAEL. Perdone usted, señorita. Usted es quien se ha equivocado.
MARQ. (Este chico ha perdido el juicio).
CAROL. Puede ser... pero juraria que ha sido usted el que...
RAFAEL. Si le parece á usted que lo hago mal, no lo haré y está todo remediado. (Levantándose bruscamente).
MARQ. Jesus! qué grosería! No: tu no eres mi hijo. Reniego de ti... Vete: vete y dí á Julian que bajo enseguida.
RAFAEL. (Bien va!) (Váse).

ESCENA X.

EL MARQUÉS.—CAROLINA.

MARQ. Estoy abochornado!
CAROL. No se acalore usted, y sepamos que es lo que me queria usted decir antes con tanto misterío.
MARQ. Ah! lo de antes. (Parece que no lo ha olvidado. Si estaré haciendo un papel ridículo... Pues señor... clarito).
CAROL. Vuelve usted á quedarse pensativo?
MARQ. Ya se lo habia dicho á usted, no quisiera alarmarla...
CAROL. Me amenaza algun peligro?
MARQ. Peligro...
CAROL. Debo temer algo?
MARQ. Temer... No: no hay nada que temer.
CAROL. Hable usted.
MARQ. Pues bien. El secreto es que yo me he enamorado de usted.
CAROL. (Riendo). De veras?
MARQ. Se alegra usted?.
CAROL. No es cosa de enojarse.
MARQ. (No lo dije?) (En tono de broma). Quiere usted venirse conmigo á Sevilla?
CAROL. Para asistir á la fiesta que ha de solemnizar el casamiento de su hijo de usted? Con mucho gusto.
MARQ. (Hola! Bromea!) Despues la acompañaré á usted á Madrid.
CAROL. Já, já, já!
MARQ. (Parece que no le disgusta!) Allí tendrá usted vestidos, joyas, coche y un palco en el teatro Real.
CAROL. Usted acompañarme á Madrid! Joyas, coche... Para esto se necesita dinero, mucho dinero, y yo no tengo ninguno.
MARQ. Lo tengo yo.
CAROL. Y acaso es usted mi marido, mi hermano, mi padre?...
MARQ. Y ya que tanto desea usted ir á Paris, yo la llevaré allá, y

tambien á Italia y á Lóndres... en fin á donde usted quiera.

CAROL. Pero ¿es usted mi marido, mi padre...

MARQ. Soy un amigo de usted... un buen amigo.

CAROL. ¿Y con qué podria yo pagar...

MARQ. Con qué? con un poco de amor nada mas.

CAROL. Já, já, já. Ahora recuerdo!.. Ha dicho usted á su hijo que bajaba enseguida y le estarán esperando. Le deseo á usted un feliz viaje.

MARQ. Ah!..

CAROL. (Cambiando de tono). Besó á usted la mano, caballero. (Váse).

ESCENA XI.

EL MARQUÉS.

Con qué delicadeza me ha despedido! Estoy admirado! Qué dignidad! Qué noble orgullo! O por mejor decir, que idiotez! Que necedad! Rehusar un partido como el que yo la he propuesto!.. Cuántas... cuántas quisieran... y bien mirado mi hijo tiene razon. Su belleza es la belleza del diablo; su amabilidad, coqueteria; su talento un barniz superficial. Y se ha de haber burlado de mí impunemente?.. No diria que no, si le ofreciera mi mano de esposo. Qué mas quisiera ella... Y bien mirado, yo voy siendo viejo... mi hijo es un libertino... necesito una amiga, una compañera... Bueno estaria que yo!... Qué diantre, la verdad es que estoy enamorado como un animal: que esa infame mujer me ha trastornado el juicio... Y por qué me he de violentar, privándome... Un enlace tan desigual! Ba! Perderia en pergaminos pero ganaria en modestia, en sumision. No, no, ni por pienso... Qué diria mi hijo!.. Y qué me importa á mí lo que pudiera decir ese muñeco? Y el mundo?... Váyase noramala!... Una joven tan linda... tan... Fuera escrúpulos. Me caso, me caso.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS—RAFAEL.

RAFAEL. Media hora me ha tenido usted esperando con el pié en el estribo.

MARQ. Escucha (Animo!)

RAFAEL. Qué hay de nuevo?

MARQ. Que me caso.
RAFAEL. Usted?
MARQ. Yo.
RAFAEL. Ave-María.
MARQ. Como lo oyes.
RAFAEL. Con quién?
MARQ. Con nuestra huéspeda.
RAFAEL. Y su pobreza?
MARQ. Me basta con lo que tengo.
RAFAEL. Y la diferencia de clase?
MARQ. Con la mia sobra para los dos.
RAFAEL. Pues no decia usted antes...
MARQ. Y aquel rostro angelical?...
RAFAEL. Eso no vale nada.
MARQ. Y aquella discrecion?
RAFAEL. Qué ha de decir usted!
MARQ. Y su virtud?
RAFAEL. Sí, fíese usted de las apariencias.
MARQ. Eh! Basta.
RAFAEL. Pero eso quiere decir que mi matrimonio queda aprobado.
MARQ. Nada de eso.
RAFAEL. Pues no elige usted por mujer á una jóven que se halla en las mismas circunstancias que la mia?
MARQ. Y aun suponiendo que asi fuese, que no lo es, tú has despreciado mi autoridad, y esto no ha de quedar así.
RAFAEL. Pues; la ley del embudo.
MARQ. Tu mujer será una mujer ordinaria, en tanto que esta...
RAFAEL. Ya quisiera parecerle!
MARQ. Una señorita que dibuja!
RAFAEL. La mia pinta.
MARQ. Que canta como un ruiseñor.
RAFAEL. La mia como un ángel.
MARQ. Que toca.
RAFAEL. La mia toca tambien.
MARQ. Pues lo dicho; aunque toque, no te saldrás con la tuya.
RAFAEL. Es que si usted no aprueba mi matrimonio, yo me opondré al de usted.
MARQ. Cómo se entiende?
RAFAEL. Lo dicho.
MARQ. Deslenguado!
RAFAEL. Y gritaré, rabiaré y patearé.
MARQ. Silencio.
RAFAEL. No quiero faltar á usted al respeto, pero es una iniquidad...
MARQ. Ella viene.
RAFAEL. Me alegro.
MARQ. Qué vas á hacer?
RAFAEL. Ahora lo verá usted.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—CAROLINA.

CARÓL. Qué voces!.. Ah! Están ustedes aquí todavia? Me retiro.
MARQ. Ah! Deponga usted ese justo enojo.
RAFAEL. Señorita.
CAROL. Caballero.
RAFAEL. Mi padre quiere casarse con usted.
MARQ. Señora, yo le diré á usted.
RAFAEL. Con usted, que es pobre, de condicion humilde.
CAROL. Caballero!
RAFAEL. Hay justicia para que aun desapruebe mi casamiento!
MARQ. (Voy á hacer un disparate!)
RAFAEL. Réstame añadir que mi mujer vale por lo menos tanto como usted.
MARQ. Perdon, señora, y mil veces perdon. No haga usted caso de ese hijo infame que abandono desde este momento. Es cierto que deseo llamarme esposo de usted, y si usted me concede su mano, me consideraré el mas feliz de los hombres.
CAROL. Caballero, por mucho que me envanezca esta proposicion...
MARQ. Oh! ámeme usted (Arrodillándose). Se lo pido de rodillas.
CAROL. Solo con una condicion podria amarle.
MARQ. Cuál?
CAROL. La de que perdone usted á su hijo y apruebe su enlace.
MARQ. Qué me pide usted?
CAROL. Si tanto desea usted mi amor...
MARQ. Oh! Sí, con toda mi alma! Estoy fascinado, loco!
CAROL. Pues bien...
MARQ. Usted lo quiere? Le perdono.
RAFAEL. (Oh!)
CAROL. (Oh!) Yo le amaré á usted toda la vida...
MARQ. (Levantándose lleno de júbilo y queriendo abrazar á Carolina). Ah! Carolina..
CAROL. (Cayendo á sus pies). Como á un padre.
RAFAEL. (Arrodillándose tambien). Y usted la amará como á una hija.
MARQ. (Se queda estupefacto). Eh? Qué significa esto?
RAFAEL. Esto significa, que seguro yo de que Carolina habia de parecerle á usted mal, sabiendo que era mi mujer, y bien si no lo sabia, he querido hacer ver á usted que es digna de ser amada, y que los estravios de la juventud merecen perdon, cuando tienen tanto disculpa como el mio.
MARQ. Pero esto es una trama infernal.

RAFAEL. No: es un inocente complot, tramado por mí solo con intencion meritoria. He querido evitar un escándalo, evitarle á usted el remordimiento de haberme hecho infeliz.
MARQ. Y tan seguro estabas?...
RAFAEL. Confiaba en el buen gusto de usted.
MARQ. ¿Con que el vuelco...
RAFAEL. Estaba convenido de antemano.
MARQ. ¿Y todo cuanto aquí á sucedido...
RAFAEL. Dame la carta que te escribí desde Madrid. (Carolina se la dá). Lea usted (El Marqués recorre la carta con la vista).
MARQ. Bien: he prometido aprobar vuestra union, pero adios para siempre. (Alejándose).
RAFAEL. Padre!
CAROL. Señor!
MARQ. Eh!... Por qué me he de confesar vencido?... (Volviendo). Por qué no he de confesar que soy un badulaque? Que es usted una perla? Lo confieso, lo confieso y vengan los brazos.
CAROL. Oh! (Carolina y Rafael abrazan al Marqués).
MARQ. Ahora vosotros.
CAROL. Qué dicha!
RAFAEL. Carlota! (Se abrazan).
MARQ. Pues señor, huyendo del Peregil... Resignémonos á ser abuelo.
CAROL. Esperad: tengo que hacer
una recomendacion.
RAFAEL. De quien es la pretension?
MARQ. Hombre de quien ha de ser?
CAROL. Y temo...
MARQ. No hay que temer.
CAROL. Dudo...
MARQ. Recelo pueril.
Mediadora tan gentil
será su mejor escudo.
CAROL. Ay, señores... temo y dudo;
si huyendo del perejil!...

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO POLÍTICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 6 de Octubre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

DIAZ.


3 0112 115875756